

Fernando Poo visto por un inglés en 1887

Carlos GONZÁLEZ ECHEGARAY

A.E.A.

Por mera curiosidad cayó en mis manos en una librería de ocasión un libro cuyo título «Glimpses of Feverland» no prometía nada extraordinario, pero apenas me puse a hojearlo, vi que dedicaba uno de sus capítulos a describir la impresión de un viajero en África a su paso por Fernando Poo, hoy llamada Bioko. El libro en cuestión fue escrito por un inglés llamado Archer. P. Crouch, y aparece editado en Londres en 1889, pero como vamos a ver más adelante, el viaje tuvo que hacerse a principios de 1887.

El autor fue enviado desde Accra, en la Costa de Oro, hasta Loanda, capital de Angola, pasando por las islas de San Tomé y Príncipe, en el golfo de Biafra, para implantar un cable telegráfico submarino que uniera las colonias portuguesas y francesas con Europa, mientras otra parte del equipo técnico se ocupaba de tender la línea desde Accra a Cotonu, en el entonces Dahomey, hoy Benin. En los últimos capítulos del libro se describe la estancia en las dos islas portuguesas y en San Pablo de Loanda, donde termina el cable.

Crouch iba acompañado de un técnico, Mr. North, Superintendente de las estaciones telegráficas de aquella red, y ambos hicieron el viaje en el vapor «Octoroon», que recorría la costa del Golfo de Guinea, y por ello hacía escala en Santa Isabel. En la etapa referente a Fernando Poo (descrita en el capítulo V) zarparon de Calabar Antiguo el día 20 de Agosto a las 10 de la mañana y hacia las 3 subieron a cubierta para ver si se divisaba la isla. Había cesado de llover y la brisa barría las últimas nubes, descubriéndose en el horizonte una línea nubosa levemente azulada. Era Fernando Poo que, a medida que se van acercando, aparece como unas verdes rampas que ascienden hasta un pico, cuya cumbre está cubierta por una blanca nube.

Los escasos viajeros del buque intercambian comentarios alabando la belleza de la isla y también su insalubridad. Alude el sobrecargo del vapor a la época de ocupación inglesa y comenta que el famoso explorador Burton cuan-

do en 1863 era Vicecónsul británico en la colonia ya española, la llamó «la tumba del Foreign Office». Comenta también que «hace dos o tres años» llegó una expedición de 360 cubanos (independentistas deportados) y cuenta cómo el año pasado se les autorizó a volver a Cuba y sólo lo intentaron 90, que habían regresado en este mismo buque «Octoroom»; los demás no se decidieron o habían muerto por las enfermedades. Les relata dicho marino que eran gente tranquila, inofensiva y con poca salud, hasta el punto de que muchos murieron en ese viaje y era usual que el mayordomo del barco diera un parte matinal con algún fallecido durante la noche. Aquí se nos plantea la primera duda sobre el año del viaje de Crouch o sobre la exactitud de las afirmaciones del marino, ya que las últimas deportaciones de que tengo noticia son del año 1869. Puede ser que se refiriera sólo a los que regresaban a Cuba, que lo fueron haciendo en distintas tandas.

El vapor entraba en la bahía de Santa Isabel, que el autor llama «Clarence Cove» y fondeó cerca de tierra, admirando al autor el calado del puerto (16 brazas donde estaban fondeados). También había un cañonero inglés anclado entre dos pequeños islotes (¿los hoy conocidos por los «Enríquez»?). Describe el autor con justeza el panorama de la bahía, su configuración de antiguo cráter volcánico y su cornisa a 60 o 70 pies de altura sobre el mar, formando un «beautiful amphitheatre» libre de árboles, pero cubierto de fresca hierba verde; hacia la parte central, seis casas europeas mostraban la faz externa de la ciudad de Santa Isabel, hoy llamada Malabo.

Después el autor hace un recorrido histórico sobre la colonia, más o menos de acuerdo con la versión hoy aceptada, salvo algunas apreciaciones, como las que aluden a que al comienzo del siglo XVIII fuese ocupada por portugueses procedentes de Sao Tomé, que fueron expulsados de la isla al ser ésta cedida por los ingleses a España (?). Dice que la guarnición española (¿se referirá a la expedición de Argelejo en 1778?), abandonó el país por el clima.

Pasa a referir la presencia británica en 1827, fundación de la ciudad de Clarence y establecimiento del Tribunal de la Trata. Dice que el abandono inglés de 1834 fue instigado por intereses afincados en Sierra Leona para llevar allí el tribunal y el resto de la Colonia. Este abandono permite el regreso de los españoles y en 1844 Inglaterra ofrece 60.000 libras que no son aceptadas y España guarnece la colonia con tropas de Cuba. Como puede verse una versión muy simplista y en parte errónea de la historia fernandina.

Después se ocupa de los habitantes, los bubis, de los que dice que tienen fama de ser los más incivilizados de la costa occidental de África, basándose en una opinión del Teniente Boteler que decía que en sus viajes por la costa nunca había visto gente más salvaje. Sin embargo cita a otros viajeros que, dice que aunque «de very repulsive appearance» son de disposición inofensiva y dulce; no llevan vestidos y conservan muy bárbaras costumbres y se muestran muy enemigos de los españoles. Naturalmente todas estas opiniones están

tomadas de viajeros de la época británica, ya que Mr. Crouch sólo estuvo en la isla unas horas.

A continuación de las dimensiones de la isla, la considera muy fértil y dice que la pequeña zona cultivada produce buen cacao y tabaco, así como ñames, algunos de los cuales pesan de 4 a 5 libras; habla de una plantación de mangles, próxima a la capital, ¿serán los antecesores del paseo de los mangles que hemos conocido? Como contraste con su fertilidad, recuerda su insalubridad y acude a una serie de frases tremendas que aparecen en los libros, tales como «mansión de la muerte» y aduce que entre 1783 y 1885 murieron cuatro vicecónsules ingleses en la isla; por eso dice que no se debe residir en ella más de tres años, y ello explica que el entonces vicecónsul había trasladado su residencia al vecino Camerún.

El autor relata la subida al buque del médico del puerto que llega en un bote propulsado por cuatro remeros españoles con sucias camisas de franela, descuidadas barbas y rostros sin lavar. A esta embarcación le siguen otros dos botes, uno con un inglés joven y otro con dos comerciantes negros y comenta que éstos «parecen representar la total población mercantil de la isla». Está claro que no estaba muy descaminado, pues según las estadísticas había entonces cinco factorías comerciales de las cuales cuatro eran extranjeras y una española.

El día siguiente esperan zarpar por la tarde, ya que dice que sólo tienen que descargar unos pocos barriletes de ron y como el sobrecargo quiere desembarcar, los dos protagonistas del libro aprovechan para ver la ciudad acompañándole. Fueron en la lancha del capitán y Mr. North llevó consigo su cámara fotográfica. Hacía un día encapotado y amenazaba lluvia; pronto alcanzaron la estrecha línea de playa que bordea la bahía.

En la orilla hay unos viejos escalones de madera y un pequeño embarcadero de lo mismo, pero por el nivel de la marea en esa hora y como los escalones están rotos, les cuesta desembarcar, salvando después el estado ruinoso del muelle. Y suben a la ciudad por un sendero completado con escaleras de piedra aunque éstas cubiertas de hierba.

La ciudad se ofrece a sus ojos al llegar al borde del cráter. Ven a la izquierda la casa del Gobernador, que les parece un edificio importante, aunque su fachada está muy descuidada y parece casi inhabitable. Junto a ésta una casa abandonada, con vacías ventanas y muros desmoronados. A continuación, tres casitas en pie, pero más o menos deterioradas y al final un gran edificio aunque algo mejor conservado que los otros; es la casa del Cónsul de Portugal, a quien desea visitar el sobrecargo. Después una pequeña iglesia, separada por un terreno cerrado con verjas de hierro y con éste termina la fila de edificios de cara al mar. Detrás del Consulado portugués parte una calle transversal que recorre la ciudad y que está cubierta de hierba, como otras que cruzan a ésta transversalmente y que están en el mismo estado.

Al llegar aquí parece oportuno hacer un esfuerzo de identificación de estas casas y calles, que en la descripción de Crouch no aparecen muy concretas. El primer edificio a la izquierda es seguramente la casa que construyó el gobernador Lynslager, importante edificio en madera y que constituyó el centro de la vida pública de la ciudad durante muchos años. Después pasaría el gobernador a ocupar un viejo caserón más céntrico, en la plaza de España, en cuyo solar fue edificado ya en este siglo el edificio del Gobierno General, actual Palacio de la Presidencia de la República.

La casa siguiente podría ser la llamada «Casa de Piedra», que junto con la iglesia de los jesuitas fueron los dos primeros edificios de fábrica en la capital. Y dos de las tres casitas a que alude podrían ser las del misionero protestante Mr. Diboll. La siguiente grande, la del hijo de Lynslager, comerciante y la última, la del cónsul portugués, en el solar en que años después se ampliaría la Misión católica. Este dato nos permite acercarnos al año en que se hizo la visita, pues se sabe que en 12 de abril de 1887 se quemó esta casa.

En cuanto al solar que separa aquella de la iglesia, cubierto de exuberante hierba, y cercado de una verja de hierro no es otro que la futura plaza de España (hoy de la Independencia) ya reservada para este fin.

Mientras el sobrecargo visita al Cónsul, North se propone fotografiar la iglesia que el autor describe como de piedra gris y de decoración pintoresca y en el interior dice que como otras de la costa africana es oscura y desnuda, excepto el altar ricamente ornamentado. Teniendo en cuenta las fechas, tiene que tratarse de la que habían construido en 1862 los misioneros jesuitas, y que en ese mismo año 1888, en noviembre sería destruida por un incendio, propagado desde la casa inmediata del comerciante inglés John Holt, que también quedó destruida. Se trataba de una capilla de fábrica, con una torrecita de campanas, y coro. Es otra razón más para fijar el viaje de Crouch antes de 1888.

Cuenta Crouch los esfuerzos de North en su lenta operación fotográfica, con una cámara de aquéllas y utilizando una tela negra, como los fotógrafos callejeros que algunos aún hemos llegado a conocer en España. Tanto tarda en las fotos que les sorprende el temporal de lluvia y tienen que refugiarse en la casa del Cónsul. Recogen al sobrecargo y cuando escampa vuelven al muelle y regresan al buque. Éste, por la tarde llevaría anclas para tomar el rumbo hacia Victoria, en el inmediato Camerún.

El libro está escrito en un inglés sencillo, sin barroquismos y deja una impresión más bien negativa de la colonia española. La verdad es que es una etapa bastante pasiva, después de los primeros esfuerzos en los mandatos de Lerena, Chacon, etc. a mediados de siglo y unos años antes del desarrollo impulsado por el gobernador Barrera Luyando (1907-1924) y sus continuadores.